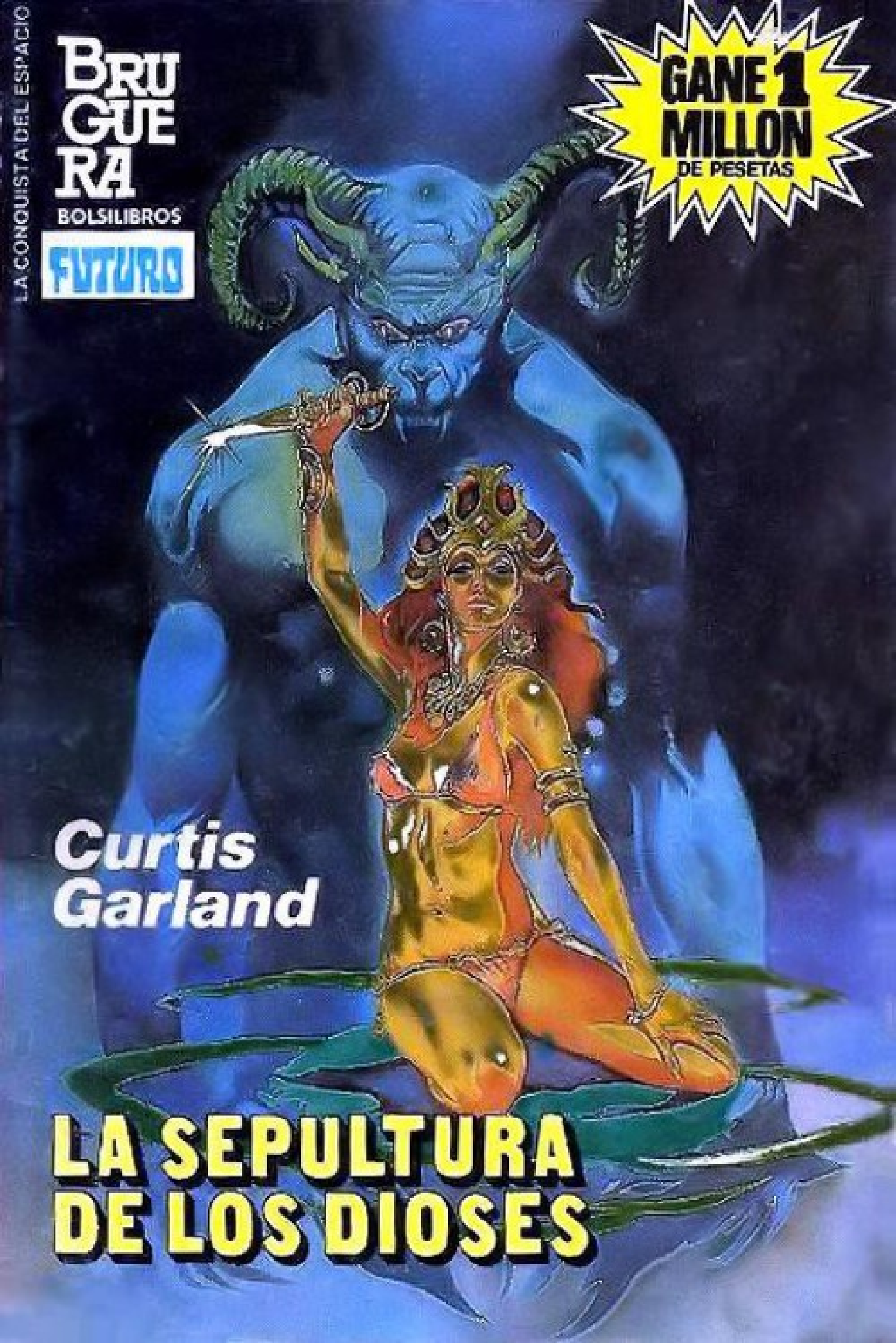


LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
GANE 1 MILLON DE PESETAS
Curtis Garland
LA SEPULTURA DE LOS DIOSES

Datos del libro

Autor: Garland, Curtis
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.60

LA SEPULTURA DE LOS DIOSES

[image] **CURTIS GARLAND**

LA SEPULTURA DE LOS DIOSES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 736

Publicación semanal

[image]

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 1.642 1985

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: febrero, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

Capitulo Primero

PLANETA MISTERIOSO

DESPERTÓ.

Y no le gustó su despertar. Tampoco le había gustado la forma de dormir.

Los recuerdos volvieron a su mente de inmediato. Los dolores también.

Estaba herido. Tal vez malherido. Ni siquiera lo sabía. Tras el impacto, todo había dejado de existir para él. Pero borrosamente, podía evocar algo: el momento del choque, el estruendo, el estallido de uno de los reactores, todo dando vueltas en torno suyo, su golpeteo constante contra las paredes metálicas de la nave.

Y, finalmente, la inconsciencia.

Ahora, acaso minutos después de ella, el despertar. ¿O en vez de minutos eran horas, días, meses, siglos?

No podía saberlo. No sabía nada de nada. Sólo que se había estrellado. Que el largo viaje se había terminado. Y con él, posiblemente, sus escasas probabilidades de supervivencia.

Intentó moverse entre el maremágnum de cables, hierros retorcidos, vidrios pulverizados y mecanismos rotos. Sorprendentemente, lo logró. Nada particularmente pesado aprisionaba su cuerpo en el fondo de la nave espacial. Podía moverse, incorporarse poco a poco. Pero con dolor, eso sí.

Le dolían las piernas, los brazos, la cabeza, todo. Especialmente la cabeza. Se llevó una mano a los cabellos. Exhaló un quejido. Allí sí que le dolía. Retiró la mano manchada de sangre coagulada. Estaba herido, sin duda. También tenía un profundo corte en la pierna derecha, sobre la rodilla. Había sangrado, pero la sangre allí ya estaba seca. Pudo dar unos pasos sin resentirse. Sólo la cabeza le

producía punzadas más molestas e intensas. Buscó el botiquín, y le costó dar con él en el caos profundo que era ahora la nave.

Se llevó y curó las heridas, puso apósitos sobre ellas, y se preguntó si todo eso serviría de algo. Ni siquiera sabía dónde había caído. Desde que la nave comenzó a fallar, se desvió de su ruta atraída por algo, penetró en aquella zona oscura, y pareció absorbida por una vorágine sin fin, todo era confuso y nada claro.

Finalmente, había sido atraído por un cuerpo celeste, y fatalmente se estrelló en él, pese a utilizar todos los sistemas de freno posibles. Eso, de momento, había salvado su vida y evitó que la nave se pulverizase en la atmósfera de aquel mundo —si es que tenía atmósfera—, o al chocar con su duro suelo.

Pero a partir de ahora, ¿qué podía esperar? ¿Qué había fuera, qué clase de mundo era aquel donde había terminado tan violentamente su largo periplo espacial?

Estaba decidido a saberlo, puesto que tenía fuerzas para ello. Intentar ver el exterior a través de las pantallas de televisión de la nave resultaba quimérico. No sólo estaban rotas o inutilizadas, sino que posiblemente los objetivos exteriores del circuito estuvieran también averiados. Ni siquiera lo intentó.

Fue hasta el armario situado al lado opuesto de la inclinada cabina, manteniendo difícilmente el equilibrio. La gravitación artificial interior tampoco funcionaba, pero afortunadamente aquel mundo debía de tener una gravedad similar a la de su planeta de origen, porque pudo moverse con cierta soltura dentro del angosto encierro de su cápsula espacial.

Tomó el traje presurizado, de climatización autónoma, y se lo vistió con alguna dificultad. Ajustó su calzado magnético y sus guantes herméticos, enroscando luego la escafandra de material plástico liviano, y el frontal para visión en materia cristalina, comprobando que el sistema de aire respirable en el interior del indumento espacial funcionaba sin problemas. Sólo entonces se sintió lo bastante seguro para caminar hacia la escotilla de salida con paso firme. Antes, sin embargo, apeló a dos elementos que consideraba vitales para enfrentarse con lo desconocido, allá en el exterior. Esos dos objetos de básica necesidad eran su pequeño maletín, combinando un botiquín de emergencia y una reserva de alimentos e hidratos en cápsulas, y una pistola láser provista de

varias cargas de repuesto que introdujo en el amplio cinturon-recipiente de su traje espacial. Con tan escaso, pero imprescindible bagaje, pulsó el resorte de la escotilla, confiando en que funcionara. En caso de apuro, podría manejar el sistema manual, pero tuvo suerte. La escotilla, suave, silenciosamente, se abrió ante él.

Notó que su corazón palpitaba. Por vez primera iba a asomarse a un mundo que no era el suyo, a un planeta desconocido, tal vez un simple asteroide, acaso una luna o un satélite de otro mundo mayor. Pero fuese como fuese, a un ámbito que le era por completo ignorado. Tal vez hostil, quizás incluso peligroso o letal…

Avanzó resuelto. Pisó el umbral de su nave, comprobando que, en efecto, aparecía inclinada, semihundida en un lecho de espeso fango que había amortiguado en parte el terrible impacto. Ese barro y los frenos automáticos de la nave habían impedido, sin duda alguna, una catástrofe irremediable que hubiera significado su destrucción total.

Miró al exterior. Entre fascinado y sobrecogido.

No le gustó lo que veía. Pero aquel paraje atormentado e inhóspito tenía algo que casi fascinaba al tiempo que repelía. Era como enfrentarse a los inicios mismos del mundo, al nacimiento de la propia Tierra tal y como le habían enseñado que debió ser en tiempos prehistóricos.

El barro denso en que flotaba la semihundida nave espacial, burbujeaba en torno. Era una materia hirviente, oscura y repulsiva, un fango capaz de engullir en cualquier momento al vehículo extraño y a su ocupante. Más allá de esa superficie blanda y burbujeante, se alzaban montículos rocosos, agrestes y duros, de afilados perfiles recortados sobre un cielo dantesco, rojizo y cargado de nubarrones que más parecían vapores infernales que auténticas nubosidades.

—Dios mío, ¿qué horrendo lugar es éste? —jadeó el astronauta —. ¿Dónde estoy?

No podía arriesgarse a pisar el suelo fangoso y en ebullición, porque podía significar su hundimiento sin remedio en aquel lecho pantanoso, quizás volcánico. Pero tampoco se atrevía a permanecer a bordo, porque tenía la impresión de que la nave se iba hundiendo progresivamente por momentos, absorbida por aquel lecho cenagoso.

Tras una rápida reflexión, tomó la única decisión posible: salir de la nave a todo riesgo. Cualquier cosa sería mejor que perecer allí encerrado, hundiéndose poco a poco en el limo pegajoso y rugiente que le rodeaba.

Confió en la propiedad de su calzado, capaz de adaptarse a cualquier suelo por difícil que fuese. Los diseñadores de la NASA, allá en su mundo, habían perfeccionado cada pieza de la indumentaria de un astronauta hasta límites de la máxima sofisticación. El calzado, si se pisaba un suelo blando, actuaba de forma automática mediante una especie de flotadores que igual podían mantener a su portador sobre las aguas que sobre un pantano. Pero no por demasiado tiempo.

Confió en que éste fuera el suficiente para alcanzar la orilla. Corrió rápido y ligero sobre el barro, y llegó casi exhausto al borde pedregoso y áspero. Se dejó caer en él, respirando con fuerza. Había salvado la dura prueba inicial. Dejó a su lado el maletín y contempló la forma plateada de su nave. Sufrió un sobresalto.

En medio de un repentino burbujeo más violento, la mitad de su estructura metálica, con el emblema de los Estados Unidos en su fuselaje, y el del *«Proyecto Ulysses»* a su lado, acababa de sumergirse en el lecho de lodo. De haber seguido a bordo, ahora ese barro infernal le estaría envolviendo irremisiblemente. Dirigió una ojeada al registro digital de temperatura exterior, y comprobó que ésta era nada menos que de setenta grados centígrados. Por fortuna, su hermética indumentaria le mantenía aislado de semejante calor. Al aproximar la mano al fango hirviente, las cifras rojas bailotearon rápidas, elevándose hasta los ochenta y siete grados. Era cierto: aquel barro *hervía*. Era como estar al borde mismo de una caldera infernal.

Se puso en pie. También el maletín de botiquín y alimentos era hermético al calor o al frío más extremo, pero no quería correr riesgos. Si todo el planeta era como lo que estaba viendo, yermo y abrasador, no sobreviviría sin su carga de alimentos concentrados y de hidratos en cápsulas. El agua que pudiera hallar en su camino, si es que la había, seguramente herviría lo mismo que aquel pantano donde cayera con la nave *Odisea*. Al mismo tiempo que él, las naves *Calipso, Sirena, Penélope* y *Polifemo*, surcaban los espacios cósmicos, formando parte del total del gran *Proyecto Ulysses*, el primero

encaminado a la exploración de los confines del Sistema Solar.

Llevaba años viajando en la nave *Odisea*. Ya ni siquiera recordaba cuántos. Pero eso importaba poco. Había sido uno de los que se inscribieron voluntarios para aquella misión casi imposible. A un viaje sin retorno tal vez. Todos los voluntarios fueron de parecidas características: solteros, sin familia, sin prometida, sin nada que les atara a la Tierra. A cambio de ello, buscaban la gloria en el Cosmos. Tal vez, como máximo, un retorno triunfal, treinta o cuarenta años más tarde, después de haber visitado Marte, Venus, acaso Júpiter, e incluso con un poco de fortuna, Urano o Neptuno. Pero su aventura no terminaba en ninguno de los mundos conocidos del Sistema, que él supiera. Aquel que ahora pisaba no figuraba en ninguna carta cósmica. O se había desviado mucho en los momentos confusos en que se sintiera absorbido por aquella vorágine desconocida, nunca prevista en los proyectos de viaje ni en los cálculos iniciales.

Echó a andar, alejándose del gran pantano hirviente, mientras pensaba en todo lo que formaba su pasado de algunos años. Incluso el reloj múltiple de a bordo se había hecho añicos al aterrizar violentamente en el Planeta X, como él lo denominaba mentalmente ahora. No podía saber la hora, el año, el día ni el mes. Ni tan siquiera el siglo, aunque suponía que aún estaba en los finales de aquel siglo xx en que iniciara su gran aventura. No podía haber pasado tanto tiempo como para estar en el XXI, pensó preocupado.

Un ruido a su espalda le hizo volver la cabeza. Se estremeció ante lo irremediable: la nave *Odisea* acababa de hundirse en el fondo del pantano con gran estallido de burbujas hirvientes en torno. Su última y remota posibilidad de regresar algún día a la Tierra se acababa de perder con la nave en el fondo inaccesible de aquel lecho fangoso.

—Dios mío… —susurró, sobrecogido—. Estoy condenado a permanecer aquí de por vida, sea cual sea este horrible mundo en que me encuentro…

La idea de no regresar jamás le aterró, aunque no tuviera a nadie en particular a quien evocar en su exilio eterno. Aun así, recordó vagamente las grandes ciudades iluminadas en la noche, los campos bucólicos, las chicas hermosas, los clubs con música y bebidas, el mar lamiendo las costas suavemente, las gaviotas

sobrevolando los litorales, el sol brillando sobre todas las cosas…

Miró al cielo ominoso, rojo oscuro, agobiante. Comprobó el índice radiactivo en el digital de su casco: sobrepasaba en mucho el límite tolerado por el hombre. Fuese cual fuese aquel planeta, estaba saturado de radiaciones letales. Su atmósfera, paradójicamente, era respirable aunque escaseaba el ozono y había exceso de hidrógeno. También se detectaban, a través de los detectores de su sistema de seguridad, partículas dañinas lloviendo del cielo a modo de aguacero casi invisible.

—Algo ocurrió aquí alguna vez, no hace mucho —musitó, hablando consigo mismo en aquella estremecedora soledad—. Algo que convirtió este lugar en un infierno. Tal vez una convulsión geológica, quizá su período mismo de formación… No sé…

Siguió adelante porque no tenía otro recurso. Quedarse allí era condenarse a la soledad y a la muerte quizás, en un clima tan hostil. Avanzó y avanzó a través de peñascos, rocosidades abruptas, superficies lisas y resbaladizas, senderos con márgenes erizados de púas pedregosas, sin el menor atisbo de vegetación.

La marcha duró minutos, horas, tal vez media jornada. Era difícil saberlo, sin sol ni sombras, siempre con aquel palio tenebroso de nubarrones cobrizos sobre su cabeza, filtrando una luz lívida, casi dantesca.

Paulatinamente, sin embargo, oscurecía sobre él. Se dio cuenta de que, en cierto modo, se hacía de noche. También debía de existir un sol tras los nubarrones, aunque era imposible verlo. El clima, de repente, experimentó un cambio bru[image][image]tal, inexplicable. Su indicador digital marcó los veintiocho grados bajo cero, y seguía descendiendo.

Se dejó caer en unas rocas, felicitándose por la naturaleza hermética de su atavío espacial. Sólo así era posible sobrevivir en semejante lugar, pensó preocupado.

—Mientras dure en condiciones y no sufra alguna avería… —se dijo inquieto.

Tomó unas cápsulas de alimentos concentrados y dos pastillas de hidratos que le quitaron la sed. Tuvo que usar para ello el pequeño compartimiento estanco de la escafandra, evitando así el contacto directo de su boca con el exterior, todavía excesivamente radiactivo, aunque había observado que, a medida que se alejaba de

la ciénaga en que cayera el *Odisea*, el índice de esa radiación era considerablemente menor.

Poco después, tendido sobre el muelle traje en que se enfundaba, dormía profundamente, agotado por la larga caminata, entre unos peñascos que podían servirle de camuflaje ante la eventual aparición de alguna forma de vida hostil, aunque hasta el momento nada presagiaba la existencia de vida animal o de cualquier otro tipo en aquel hosco planeta desconocido.

Le despertó la claridad lívida de un sombrío amanecer nada esperanzador. Pestañeó aturdido, soñoliento, hasta recordar dónde estaba y lo que sucedía. De inmediato se puso en pie, con un suspiro de alivio, comprobando que el preciado maletín de medicamentos y víveres seguía sujeto a su muñeca mediante la metálica banda de seguridad.

Se tomó unas cápsulas alimenticias y otras hidratantes de nuevo, reemprendiendo la marcha, siempre en el mismo sentido: dirección sur. No tenía astros que le guiaran, pero su brújula interior funcionaba, prueba evidente de" que existía magnetismo en aquel mundo ignoto.

Se prolongó durante horas la nueva etapa de incansable caminar del astronauta. Las rocas cambiaron de configuración, llegó un extenso llano arenoso, un amplio desierto carente también de vegetación, salpicado de vez en cuando por negros peñascos que sobresalían de la rojiza arena como enormes monstruos petrificados por una extraña magia inexplicable y remota. Todo en derredor suyo ofrecía la imagen de lo primario, lo prehistórico, lo que señalaba la formación de un mundo tras una enorme conflagración geológica. Si cuanto le rodeaba se mantenía sin variaciones, su suerte estaba definitivamente echada: moriría al agotarse sus víveres concentrados, falto de alimentos y de hidratos.

Descansó a mediodía, según sus propios cálculos siempre basados en la relatividad del tiempo terrestre, y prosiguió su viaje sin destino tras una nueva ingestión de cápsulas para alimentarse y saciar su sed. Sus escasas deposiciones eran absorbidas y destruidas por el sistema de su atavío espacial, sin causarle problema alguno.

De repente, se detuvo sorprendido y esperanzado en cierto momento de su viaje. Miró ante sí, temiendo hallarse ante un espejismo.

—Cielos, no... —musitó—. Eso es otra cosa...

Realmente, era otra cosa. Ya no veía arena roja, peñascos negros ni barrizales hirvientes, como hasta ahora. Aquello, aun bajo el huraño celaje rojo, era esperanzador.

Plantas. Hierbas. ¡Vegetación!

Era aquello, sí. Parduzca, raquítica, escasa y dispersa, pero al menos una flora natural que brotaba de aquella tierra desconocida y terrible. El astronauta se sintió algo mejor, sin saber por qué. Corrió hacia allá, temiendo que la visión se diluyera en simples pedruscos y arena, una vez más. Cayó de rodillas, aferró los tallos escasos y pobres. Tiró de ellos.

Existían. Eran reales. Había vida vegetal, cuando menos. Eso no significaba necesariamente que hubiera vida *de la otra*, pero era una leve esperanza, una rendija de luz en las tinieblas. Casi bendijo cariñosamente a tan feos y tristes matojos por lo que significaban para él.

Y, de repente, supo que había *algo* más.

Otra clase de vida daba señales de existencia tras él. Captó un roce, luego un sonido hosco, profundo, parecido a un rugido. Se volvió como picado por un áspid.

Sus ojos incrédulos contemplaron con pavor la presencia viviente. La sombra se agigantó sobre él, ominosa. El hombre llegado de otros mundos vio ante sí a la criatura más horrenda imaginable, a la forma de vida más escalofriante que ser humano alguno pudiera imaginar...

Capitulo II

VAMPIROS HUMANOS

—¡OH, no, no es posible! —jadeó, aterrado, encarándose a aquella forma viviente que se erguía ante él amenazadora, como seguro mensajero de muerte.

De nuevo el espantoso berrido que anunciara su llegada brotó de una boca viva y voraz, en señal ominosa. Pero esta vez centuplicado hasta resonar ensordecedoramente en los audífonos interiores del casco del terrestre.

Luego, la criatura se precipitó sobre él.

Tuvo el tiempo preciso de empuñar su pistola láser y alzarla, disparando contra aquel monstruoso ser de pesadilla que se le venía encima.

Mientras el rayo destructor brotaba con cegador destello de su pistola, contempló horrorizado al ser escalofriante en cuyas fauces estaba a punto de perecer.

Jamás había visto ni imaginado nada parecido. Era como ver materializado de súbito el fruto de una pesadilla, el horror de una creación surrealista en la mente de un loco. Porque jamás, jamás, pudo el astronauta soñar con una criatura mitad reptil, mitad araña.

Conocía gráficamente los grandes mitos zoológicos, como el grifo o el unicornio, el dragón o la serpiente de mar, el tigre alado o el minotauro. Pero aquello les sobrepasaba a todos en horripilante apariencia. Un cuerpo membranoso y cubierto de escamas, pero dotado de ocho patas velludas, con cabeza informe, de grandes fauces babeantes, ojos inyectados en sangre y cresta rígida y escamosa, apoyándose en dedos unidos por membranas lívidas, resultaba una combinación espeluznante y terrible. Además, el monstruo era agresivo, feroz, quizás hambriento de otras criaturas

vivientes que saciaran sus apetitos.

Por fortuna, el primer impacto del láser le hizo retroceder, emitiendo un berrido impresionante, y su cuerpo empezó a humear por el vientre, del que goteó una materia densa y maloliente. Aun así, la bestia volvió a la carga, alzando dos patas contra su enemigo.

El terrestre saltó atrás, dando volteretas por el suelo para huir al pisotón amenazador. Una de las patas del monstruo le rozó, rasgándole la primera capa superficial de su traje presurizado, aunque por fortuna las resistentes fibras de la segunda capa de seguridad resistieron el embate. Rápido, disparó de nuevo sobre la boca y los ojos de la bestia espacial.

En esta ocasión, el sonido emitido por aquellas fauces voraces, resultó prolongado, estridente y horrible. Su ojo derecho reventó, mientras sus incisivos y una peluda lengua se abrasaban, atravesados por el rayo letal, y dando un tumbo espectacular, la fantástica criatura se volcó de lado, comenzando a agitar sus patas al aire, sin duda herida de muerte.

El astronauta se incorporó, jadeante, su dedo a punto sobre el resorte de disparo, aunque sin llegar a utilizar el arma. Sabía que, pese a disponer de algunas cargas de repuesto de energía láser, ésta se consumía fácilmente cuando el disparo era tan violento como los realizados últimamente. Malgastando sus reservas de munición sólo lograría quedarse inerme ante una naturaleza evidentemente hostil, quizás monstruosamente desarrollada, como probaba aquella forma de vida que acababa de abatir y que agonizaba cerca de él con horribles espasmos.

—Dios, qué fortuna he tenido —jadeó, apoyándose en unas rocas negruzcas y afiladas para incorporarse lenta y dificultosamente—. Si me descuido, acaba conmigo y me convierto en su manjar... ¿De dónde habrá salido esta horrible criatura? ¿Qué horrendo mundo es éste en que me encuentro ahora?

Ciertamente, el cadáver ya inmóvil de la bestia no iba a darle respuesta alguna, de modo que optó por seguir adelante en su ruta hacia ninguna parte, ya que permanecer en aquel yermo paraje resultaba tan absurdo como peligroso, especialmente si abundaban los monstruos como el que acababa de tener frente sí.

Apenas había girado la cabeza para iniciar la marcha, cuando descubrió la presencia viviente. Se puso rígido, su dedo se tensó

sobre el disparador del arma. Sus ojos escudriñaron la distancia, brumosa y pesada.

¿Era imaginación suya o había vislumbrado la presencia de sombras, vagas siluetas informes en movimiento, de mucho menor tamaño que la fiera abatida poco antes? Era como si hubiera atinado a ver fantasmas en la distancia. Un instante más tarde, su impresión visual se confirmaba.

Nuevas siluetas oscuras, furtivas, se deslizaron en medio de la niebla rojiza que difuminaba el horizonte. A juzgar por su tamaño, no parecían mayores que simples seres humanos. Y hasta daban la impresión de ser bípedos, de moverse solamente sobre dos extremidades, como los humanoides.

—Dios santo, ¿será posible que haya *alguien* aquí, alguna forma de vida semejante a la nuestra? —susurró él, aterrado y a la vez esperanzado.

Trató de asegurarse. Corrió rápidamente hacia la zona brumosa, intentando confirmar lo que imaginaba. Cuando arribó allí, comprobó que era inútil. Ya no se veía a nadie, todo era un desierto, como hasta entonces, sin presencia alguna de ser viviente, ya fuese humano o de otra naturaleza.

—Era demasiado hermoso para ser posible… —murmuró desalentado, mirando en torno—. ¿Cómo va a haber aquí criaturas inteligentes, seres parecidos a nosotros? Debí imaginarlo; quizás esas malditas brumas me jugaron una mala pasada… y todo fue un simple espejismo, fruto de mis nervios.

Se sentó en una roca basáltica, desolado, cabizbajo. No sentía apetito alguno, pero sabía que necesitaba cuidar su estado físico y mental, de modo que ingirió unas cápsulas alimenticias e hidratantes. Hubiera deseado también recurrir a un viejo vicio humano: fumar. Pero eso le estaba prohibido a un astronauta. Jamás hubo una brizna de tabaco a bordo del *Odisea*. Era soñar imposibles, acaso empezar a añorar la vieja y querida Tierra, ahora tan lejana, tan inaccesible…

De pronto volvió a ponerse rígido. Sus ojos parpadearon, sobresaltados, fijos en la distancia, no muy lejos de donde se hallaba ahora. ¿Soñaba de nuevo… o había vislumbrado otra sombra en movimiento, ahora bastante cercana a él, quizá no más lejos de unas doscientas o trescientas yardas, allá entre los perfiles

de unas rocas singularmente regulares y rematadas todas ellas en pico, difuminadas en parte en las rojizas brumas?

La sombra, si existió realmente, ya no estaba tampoco ante sus ojos. Se censuró a si mismo por su exceso de imaginación, que le hacía ver cosas extrañas e inexistentes.

—Debes hacerte a la idea, Kris —se dijo exasperado—. Estás solo en este planeta, solo como forma inteligente de vida, rodeado quizás de bestias como aquélla, pero nada más. Siempre se dijo. Existían tan pocas posibilidades de hallar mundos habitados por seres humanos parecidos a nosotros, que era utópico imaginarlo siquiera, y menos aún en nuestro propio Sistema Solar, tras comprobar lo yermo de planetas como Marte, Venus o Júpiter...

Aun así, caminó hacia las rocas puntiagudas, extrañado en parte de la regularidad de aspecto de todas ellas, que en su conjunto y entre la niebla formaban una estructura de dientes de sierra apuntando hacia el cielo brumoso y hosco.

De repente se paró en seco. No podía dar crédito a sus ojos. Esto, sin embargo, no era ningún espejismo.

Simplemente, aquellas formas agudas, verticales, como pirámides de piedra recortándose en la niebla... no eran piedras.

Eran viviendas.

* * *

¡Viviendas!

—No, no es posible... —susurró, estupefacto—. No puede ser, resultaría demasiado hermoso... Viviendas, moradas de alguien, de seres inteligentes tal vez...

Avanzó, tambaleante, inseguro, pero lleno de esperanzas e ilusiones hacia aquellas formas que hablaban de comunidad, de pueblo, de criaturas capaces de unirse en un grupo social, por rudimentario que éste resultara...

Llegó junto a la primera. Alargó su brazo, la tocó... Ciertamente, no era roca. Ni nada parecido. Era un material parecido a cañas u hojas de palma, algo liviano pero consistente, capaz de ser ensamblado en forma de muros, evocando la forma de un *wighvam* indio, una de esas tiendas cónicas que los pieles rojas de otros tiempos usaban en una América sin colonizar.

Había al menos una veintena de aquellas primitivas viviendas, formando un campamento, algo muy parecido a una aldea. Caminó

entre ellas sin percibir presencia viviente alguna, su dedo en el gatillo del arma, por si surgía alguna criatura hostil. No podía fiarse de nada, ni tan siquiera de los posibles seres inteligentes de aquel mundo desconocido.

Se detuvo, sorprendido, al llegar a su centro, circular, en forma de plaza, en torno a la cual se alzaban las viviendas misteriosas. Una especie de tótem se alzaba en medio de la explanada, un poste rígido, rematado por una forma que sorprendió notablemente al astronauta Kris: la de una rústica cruz, pero rematada en un lazo. La Cruz Ansata. •

Se quedó perplejo. Era el símbolo de la Vida Eterna entre los egipcios. No tenía el menor sentido encontrarlo allí. A menos que un extraño fenómeno hiciera adorar a seres de diferentes mundos a una misma idea de lo eterno. Después de todo, en la propia Tierra habían existido pirámides en Egipto y en América del Sur en semejante época. Pero eso podía explicarse según posibles emigraciones milenarias, como contactos remotos entre tierras ahora separadas por océanos y entonces quizás unidas. Lo que no podía admitir su mente es que los egipcios, pese a su civilización superior, hubieran podido ser capaces de viajar a las estrellas. No, eso no…

Rodeó el tótem, que parecía tallado en una madera oscura, de forma muy rudimentaria. Aquel símbolo y las moradas circundantes hablaban de un pueblo muy simple, nada avanzado, quizás incluso nómada. Trató de averiguar más.

Se acercó a una de las viviendas, con la pistola en una mano y el tuvo de luz en la otra, proyectando un haz de claridad al llegar ante el oscuro cono. Descubrió una especie de puerta hecha con hojas grandes, a guisa de cortina. La alzó, asomando al interior, no sin antes proyectar la luz.

Se quedó helado.

Allí había seres que alguna vez tuvieron vida. Ahora eran simples cadáveres. Yacían sobre regueros de sangre, en las más diversas posturas, pero todas ellas igualmente horribles y patéticas. La muerte violenta parecía haberles sorprendido en distintas posiciones, desde uno que parecía dormir sobre un lecho de hojarasca, hasta otro que yacía de rodillas, como si le hubiera sorprendido el fin en actitud de rezo.

Lo más espantoso es que la luz de su lámpara reveló a Kris la existencia de profundos y horribles boquetes en el cuello de aquellos seres, por donde había escapado la totalidad de su sangre, dejándoles por completo exangües.

Todo aquello, con ser impresionante y terrible, no causó tanto estupor y perplejidad a Kris, el astronauta, como la propia naturaleza de las víctimas que tenía ante sí.

Todos ellos *eran seres humanos.*

Mientras asimilaba esa increíble realidad, Kris oyó tras él un sordo aleteo. Algo le dijo que un terrorífico peligro, tal vez la misma muerte que sorprendió a todos aquellos humanos estaba, justo tras él, a punto de atacarle.

Se volvió veloz cuando el aleteo se hizo más ruidoso y amenazador…

